

## No es una noche cualquiera

Un ratito antes de llegar a la casa (nos han invitado), en las calles ya corren los niños de puerta en puerta.

*-¿Hay saaaaaaantos?*

*-Si mi niiiiño, aquí tieeeeeeeenes*

Y al abrir la talega se descarga el tesoro por el que hoy gastarán zapatos recorriendo el pueblo... ¡claro!... ellos saben en dónde tocar, porque no en todas las casas les tendrán preparadas unas castañas asadas, nueces, almendras, higos y algún mantecado. Sí, el empacho no tardará en llegar y será difícil conciliar el sueño con el subidón de azúcar, sobre todo los más pequeños.

Pasamos por la trasera de la Iglesia, rumbo a la casa, y ya se huele... es inconfundible la mezcla a partes iguales del aroma de los asadores de castañas y los de cochafisco.

A medida que nos acercamos, se ve la gente llegar y nos vamos saludando.

De a poquito van llegando, esta fiesta no es de bullicio. Tampoco de mucho comer y beber aunque como siempre, los de siempre... dan la nota... esperemos que esta noche se comporten.

Entramos al zaguán y huele a sahumero. Saludando a los dueños de la casa entramos en el primer cuarto en donde algunas mujeres comparten un poco de anís mientras conversan. Una señora mayor reza un rosario y la luz de las velas les da un aire antiguo. Sobre la mesa se adivinan unos recordatorios obituarios: cada familia sabe a quienes tienen que recordar. Los más jóvenes escuchan de nuevo las hazañas de los que llevan más tiempo sin nosotros, y grabarán en su memoria historias que luego contarán cuando otros sean los más jóvenes y ellos marquen el ritmo de las proles futuras. Así ha sido desde ni se sabe cuándo... y así tendría que seguir siendo.

Pero volvamos a los cuartos, que aún hay mucha vida en la casa como para quedarse en un solo lugar. Justo enfrente de donde estamos hay otra habitación con una mesa cuadrada, cuatro hombres sentados y alguno más mirando y sonriendo atento a lo que sucede justo encima del tablero. Unos naipes van y vienen en una suerte de relaciones que son un misterio para los que no conocen las reglas del Envite. No se juega al dinero, ni siquiera con mucha algarabía como en otras ocasiones... por una vez, el juego de cartas es solo un entretenimiento mientras se conversa y se toma un trago de vez en cuando... aunque aquí se tira más de ronmiel. Y al igual que en el cuarto contiguo, también se nombra a los que no están, repitiendo anécdotas vividas o aprendidas en donde, de alguna manera, los finaos fueron protagonistas. No falta quien, en magnífico ejercicio de memoria visual, se pasee por un árbol genealógico concreto, revelando siempre algún parentesco desconocido entre algún ausente y un presente.

Prosigamos, que queda casa por recorrer y ahora nos toca el lugar estratégico de cualquier casa canaria: la cocina.

No es momento de grandes comestibles, pero nunca falta algo de repostería tradicional como, en este caso, los queques, los mantecados, las lengüillas, los suspiros... y todo ello regado con las bebidas anteriormente mencionadas y el sempiterno café, que no da tregua a la cafetera italiana con el culo tiznado debido a los años y años de servicio intachable.

El ajetreo de esta dependencia lo marca la afluencia de familiares y vecinos convidados al evento, con su momento crucial al final de la tarde.

Desde aquí, ya se oye algún instrumento afinando en el patio trasero... poquita cosa y a ratitos. Como tímidamente se van quintando las cuerdas dobles de un laúd mientras un violín, a su lado, le va chivando las notas... No tardaremos en ir escuchando el repertorio habitual de la noche de finaos: una mazurca, una isa punteada y melodías cogidas de aquí y de allá que suenan tenues en el asmático resonar del fuelle de un acordeón.

También veremos alguna pareja bailar, quizá las mazurcas, que son lo más granado del repertorio y es algo sencillito, que permite sortear a los músicos y a los que atienden los asadores que surten a la comitiva de castañas asadas y de cochafisco, no sea que se le vayan a quemar las enaguas a la muchacha.

Y de esta manera vamos gastando lo que queda del día hasta entrada la medianoche en que, igual que llegaron, irán yéndose cada uno de los convidados, menos los de la casa, que aún estarán un ratito más recogiendo las dependencias y devolviendo a su sitio las sillas y banquetas que fueron estratégicamente colocadas al inicio de la jornada.

Al igual que las sillas, los convidados y las dependencias, también los recuerdos rememorados y los recientemente vividos volverán a ese lugar de la memoria en donde guardamos lo que queremos que no se olvide, que nos acompañe aunque no lo evoquemos todos los días... sólo lo justo, quizá cuando se precise o se necesite o, como casi siempre, cuando la vida nos permita volver a disfrutar de otra fiesta de finaos, como presentes...

...y si no, hasta que también a nosotros, como ausentes, se nos recuerde...

Víctor Batista Velázquez  
Director musical de la A.F. Surco y Arado  
Gáldar-Gran Canaria